

El Poder Sanador de la Gratitud

Traducción: Cosme Robalino

Estas dos poderosas palabras, “Gracias, Dios”, ya sea que las digamos sinceramente o que las expresemos en silencio, pueden abrir todo un nuevo mundo de bien para ti. En el caso de un padre humano, tal vez su amoroso hijo haga una pausa periódicamente para agradecer una gentileza o un regalo que hubiese recibido. ¿Cuánto más merece nuestro Padre celestial el reconocimiento y la gratitud por sus indecibles regalos? Aprendemos de las Escrituras que “Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17). ¿Y qué te ha dado Dios? Pregúntate, más bien, ¡qué no te ha dado Dios! Dios es el gran dador de todo el bien, de todas las bendiciones. Tu misma vida, tu inteligencia, tu salud, tu invariable provisión del bien - todo eso y mucho más, infinitamente mucho más!

Pero tal vez habrá alguien que esté agobiado por problemas de salud, o alguno que sienta que ha orado por mucho tiempo sin resultados aparentes. Esta pregunta podría llegarle a una persona que se encuentre en ese estado mental: ¿Cómo puedo estar agradecido a Dios cuando tengo tan poco? o a otra persona: Mi salud ha estado mal y no me puedo recuperar. ¿Es posible que yo esté agradecido? Sí, por extraño que parezca, éste es precisamente el momento cuando la gratitud es más necesaria. La gratitud disuelve el miedo y el desánimo y disipa la bruma que nos haría creer que estamos separados de Dios o que estamos despojados de Su infinito amor. Así como es

imposible que la neblina permanezca ante la presencia del calor solar, así también es imposible que el desaliento, o la tristeza, o la enfermedad permanezcan cuando un corazón sinceramente agradecido reconoce y percibe la presencia constante del amor de Dios.

La gratitud es, pues, un reconocimiento. Es la visión espiritual que ve más allá de la evidencia de los sentidos materiales y nos capacita para percibir que la bondad de Dios está manifestándose constantemente. La gratitud es en sí misma una oración, una oración que afirma, una oración que no le pide a Dios que sea Dios, sino que reconoce que Dios siempre ha sido el Amor divino, el Dador infinito.

En su capítulo iluminador sobre la Oración en el libro de texto de la Ciencia Cristiana, "Ciencia y Salud con Clave de las Escrituras", Mary Baker Eddy le da un gran énfasis a la importancia de la gratitud. La Sra. Eddy escribe: “¡Cuán huecos son nuestros conceptos de la Deidad! Teóricamente admitimos que Dios es bueno, omnipotente, omnipresente e infinito, y luego tratamos de informara esa Mente infinita. Pedimos un perdón inmerecido y una efusión generosa de bendiciones. ¿Estamos realmente agradecidos por el bien ya recibido? Entonces aprovecharemos las bendiciones que tenemos, y eso nos capacitará para recibir más. La gratitud es mucho más que una mera expresión verbal de agradecimiento. Las acciones expresan más gratitud que las palabras”.

¿Cuál es esta acción que “[expresa] más gratitud que las palabras”? Es un inagotable amor por Dios, el bien. Es un amor por los hombres, nuestros hermanos, demostrado en hechos altruistas. Es una constante vigilancia de nuestro pensar para

resguardarlo de pensamientos profanos, impuros, enfermizos o pecaminosos. Ésta es la gratitud que Dios requiere de nosotros. Y cuando se da, incalculables bendiciones se derraman hacia nuestra experiencia. Sin embargo, no es suficiente con restringir nuestras gracias a solamente un día del año. Porque así como el dar de Dios es del diario, así también nuestra gratitud debe ser una acción de gracias diaria. Despertemos cada día, conscientes de que éste es el día de Dios, lleno de Sus bendiciones, y que solamente tenemos que reconocerlo para beneficiarnos del bien que tenemos a nuestro alcance.

Uno de los ejemplos más hermosos de la provisión del Amor divino para las necesidades diarias de la humanidad es la historia de Moisés y los hijos de Israel cuando éstos peregrinaban por del desierto. Deseosos de su libertad, pero olvidando el infinito amor de Dios, los israelitas empezaron a dudar, y, como resultado, sufrieron hambre y desaliento.

Leemos en la narración del Éxodo: “Y toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto; y les decían los hijos de Israel: Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos; pues nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud... Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Yo he oído las murmuraciones de los hijos de Israel; háblales, diciendo: Al caer la tarde comeréis carne, y por la mañana os saciaréis de pan, y sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios. Y venida la tarde, subieron codornices que cubrieron el campamento; y por la mañana descendió rocío en derredor del campamento. Y cuando el rocío cesó de

descender, he aquí sobre la faz del desierto una cosa menuda, redonda, menuda como una escarcha sobre la tierra. Y viéndolo los hijos de Israel, se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto? porque no sabían qué era. Entonces Moisés les dijo: Es el pan que Jehová os da para comer. Esto es lo que Jehová ha mandado: Recoged de él cada uno según lo que pudiere comer; un gomer por cabeza, conforme al número de vuestras personas, tomaréis cada uno para los que están en su tienda. Y los hijos de Israel lo hicieron así; y recogieron unos más, otros menos; y lo medían por gomer, y no sobró al que había recogido mucho, ni faltó al que había recogido poco; cada uno recogió conforme a lo que había de comer” (16:2,3,11-18).

Más adelante, encontramos a Moisés, en el libro de Deuteronomio, recordando a los hijos de Israel de su necesidad de gratitud por esta gran impartición del amor de Dios hacia ellos. Se oye a Moisés cuando dice: “Cuidate de no olvidarte de Jehová tu Dios, para cumplir sus mandamientos, sus decretos y sus estatutos que yo te ordeno hoy; no suceda que comas y te sacies, y edifiques buenas casas en que habites, y tus vacas y tus ovejas se aumenten, y la plata y el oro se te multipliquen, y todo lo que tuvieres se aumente; y se enorgullezca tu corazón, y te olvides de Jehová tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de servidumbre... que te sustentó con maná en el desierto, comida que tus padres no habían conocido, afligiéndote y probándote, para a la postre hacerte bien; y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza. Sino acuérdate de Jehová tu Dios” (Deut. 8:11-18).

En esa bella prueba del amor de Dios por Sus hijos, es de gran ayuda notar que ese dar era un

derrame diario de abastecimiento. Ese maná – ese amor de Dios expresado de tal forma que podía ser identificada y utilizada por los hijos de Dios, ahí donde ellos estaban – llegó hasta ellos como una provisión diaria. La historia nos cuenta que cuando recogían más de lo necesario para las necesidades del día, el maná que habían guardado se echaba a perder. Excepto por el día de descanso, dicho maná no podía ser acumulado ni almacenado. Tuvieron que aprender, como ahora lo hacemos nosotros, que la seguridad no proviene de la acumulación de cosas materiales, sino de una confianza infantil en que Dios conoce las necesidades de Sus hijos y las satisface. La duda y el miedo habían privado temporalmente a los hijos de Dios del alimento. Pero el reconocimiento constante de Moisés de la provisión infalible de Dios para con sus hijos sanó esta situación.

Tal vez alguien que crea que tiene poco por lo cual estar agradecido debería examinar su concepto de Dios. ¿Ha estado orando a Dios por cosas materiales: un coche nuevo, una casa mejor, más dinero, una posición mejorada? Entonces debemos aprender a orar desde un punto de vista enteramente diferente. Dios, siendo el Espíritu infinito, tiene ideas espirituales para impartir, y estas ideas, cuando las aceptamos y actuamos de acuerdo a ellas, a su vez satisfacen nuestras necesidades humanas de cada día.

Para poder confiar en que Dios satisface toda necesidad, es importante antes que nada entender nuestra relación con Él. El primer capítulo del Génesis nos cuenta que el hombre está hecho a la imagen y semejanza de Dios, y la Biblia declara que Dios es Espíritu y que está siempre presente. Por lo tanto, el

hombre es realmente espiritual, no material, inseparable de su creador, el Espíritu divino.

Con el propósito de ilustrar, pensemos por un momento en el sol y los rayos de luz que emanan de él. Así como un rayo nunca podría estar separado de su fuente, el hombre nunca puede estar separado del Amor divino, su verdadera fuente.

Cuando reconocemos estos hechos con gratitud, y percibimos el estado verdadero del hombre como el hijo de Dios, el camino queda abierto para que infinitas bendiciones fluyan hacia nuestra experiencia humana. Pues es solamente la bruma del pensamiento falso, limitado y mortal lo que no nos permite ver las bendiciones siempre disponibles que el Amor divino, el eterno Dador de todo el bien, imparte al hombre.

Nuestro gran Maestro, Cristo Jesús, antes de resucitar a Lázaro de entre los muertos, seguramente entendió que la verdadera gratitud tiene que venir antes de que podamos recibir. Parado frente a la tumba de Lázaro, Jesús oró (Juan 11:41, 42): “Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes”. Amigos, esto es importante, porque ¿cómo podemos estar conscientes del bien que tenemos a nuestro alcance a menos de que primero admitamos su presencia eterna? Al agradecer sinceramente a Dios por el bien que Él nos ha otorgado, no podemos dejar de ver cómo las bendiciones llegan hasta nuestros asuntos diarios. La gratitud a Dios por el bien que Él nos ha dado acalla la duda, calma el miedo, y trae a la experiencia humana el inevitable poder sanador de Dios.

Un practicante de la Ciencia Cristiana, deseoso de concientizar a una paciente muy agobiada sobre el bien que siempre está disponible, le pidió que escribiera cincuenta cosas por las cuales estaba agradecida antes de regresar a su oficina. “Pero”, dijo la paciente, “no puedo hacer eso. No hay nada, absolutamente nada, por lo cual yo pueda estar agradecida”. El practicante la animó para que lo intentara, y ella prometió seguir su consejo. Al salir de la oficina tuvo una sensación de gratitud por los amigos que habían sido amables con ella por muchos años. ¡Había encontrado el número 1 en su lista!

Al sentarse en el tranvía, camino a su casa, comenzó a pensar: “Este tranvía es una cosa útil. Facilita el transporte a mucha gente. Muchos hombres trabajaron para perfeccionar su mecanismo, otros para colocar los rieles y conectar los cables, y ahora otros están dispuestos a tripular y a operar la línea”. Tuvo una sensación de gratitud por todo este trabajo. Todo eso se convirtió en el número 2 de su lista.

Cuando llegó a su casa, vio un gran lecho lleno de flores amorosas en su jardín. Siempre le habían gustado las flores, pero ahora sentía un cariñoso aprecio por ellas. Éste era el número 3 en su lista. Al entrar en su casa, se dio cuenta que ahí estaba la Biblia. Un sentido de profunda gratitud la inundó por dentro. ¿Qué sería la vida sin la luz y la inspiración de las Escrituras? Su lista se estaba alargando. Ya no había problema para poner cincuenta cosas en la lista. Y rápidamente estaba viendo que el bien estaba a su alcance en lugar del miedo, el desaliento, la autocompasión, y la enfermedad.

Hasta que un día, de repente, se dio cuenta de que más que nada ella estaba agradecida a Dios, solamente Dios, el Dador infinito. En cuanto su pensamiento abandonó los falsos miedos por la confianza infantil en la presencia y la actividad de Dios, el bien, el malestar físico que había parecido tan abrumador sanó, y ella recuperó su libertad.

¿Qué mejor ocasión podría haber que ahora - en este momento - para hacer una lista de todo lo que tú estas agradecido? De veras, toma una hoja de papel y un lápiz, y haz tu lista; intenta escribir cincuenta cosas de las que estás agradecido. Pero asegúrate de no poner solamente cosas materiales. Agradece a Dios por el amor que puedes expresar y que de hecho ya expresas. Agradécele por la honestidad, la pureza, la inteligencia y el amor expresados en todo lugar. Agradécele por la inmortalidad que Dios le da al hombre. Éstas son solamente algunas cosas; pero tu lista se alargará más y más al darte cuenta de lo que es Dios y de lo que Él te ha dado.

Estas palabras alentadoras de Mary Baker Eddy resumen nuestro mensaje. Ella escribe en “Escritos Misceláneos” (pp. 306, 307): “ ‘A sus ángeles mandará acerca de ti’. Dios os da Sus ideas espirituales, y ellas, a su vez, os dan vuestra provisión diaria. Nunca pidáis para el mañana; es suficiente que el Amor divino es una ayuda siempre presente; y si esperáis, jamás dudando, tendréis en todo momento todo lo que necesitéis. ¡Qué gloriosa herencia se nos da mediante la comprensión del Amor omnipresente! Más no podemos pedir; más no podemos desear; más no podemos tener. Esta dulce seguridad es el ‘Calla, enmudece’ para todo temor humano, para el sufrimiento de toda clase”.